



1

—He conocido a jovencitas con más testosterona que ese hombre.

Tamara Briggs ni siquiera tuvo que mirar para saber que Suzanne estaba hablando de Geoffrey Ayers, porque en un recinto lleno de pilotos de carreras, el profesor de Antropología era al único a quien su amiga encontraría falta de virilidad.

Sin embargo, fingió ignorancia porque no quería reconocer que quizá Suz estuviera en lo cierto respecto al hombre con el que intentaba convencerse de que podía mantener una relación sexual con regularidad.

—¿De quién estás hablando?

—Sabes que hablo de Geoffrey. Y lo siento, sé que es tu nuevo novio y todo eso, pero francamente, Tammy: ese hombre no podría hacer que le creciera pelo en el pecho aunque su vida dependiera de ello. ¡Míralo!

¿Tenía que hacerlo? Tamara temía que si le miraba todas sus ilusiones se harían pedazos. Intentaba creer con todas sus fuerzas que podía llegar a enamorarse de Geoffrey, pero sospechaba que si le observaba con demasiada atención tendría que admitir que eso no iba a pasar. Nunca. Haciendo acopio de valor, miró detenidamente a Geoff y lo que vio no era agradable. Estaban en un coctel para recaudar fondos para una fundación que finan-





ciaba una investigación sobre el cáncer infantil, y él se encontraba justo en medio de un grupo de pilotos, jefes de equipo y propietarios de coches bien vestidos. Geoffrey era el único que llevaba jersey. Un jersey marrón además. No podía aspirar siquiera a llamarse moca, café o caoba. No era más que un simple y anticuado jersey marrón.

Los demás habían dejado sus monos en la pista, cambiándolos por trajes elegantes o, al menos, por unos pantalones negros y una camisa y una corbata con clase. Tamara hubiera deseado que el vulgar jersey de Geoff no fuera importante, pero sí lo era. Su pelo carecía de un estilo definido, sus cejas estaban pidiendo a gritos unas pinzas y tenía los dientes amarillos, pero Tamara se había pasado el mes que llevaban saliendo diciéndose que no debía ser superficial. Ella misma no era una reina de la belleza y Geoffrey era, por encima de todo, un hombre agradable. Aún así, todas aquellas pequeñeces, como su necesidad de un peine y de una buena limpieza dental, saltaban ante los ojos de Tamara cada vez que ésta le miraba, y esa noche era todavía más evidente que no se sentía atraída en lo más mínimo por él. Tenía un aspecto rechoncho, descuidado, débil y... falto de testosterona. Suz tenía razón, maldita fuera.

—Lo único que pasa es que se ha equivocado al elegir su vestimenta para esta noche. Debería haber sido más específica. —Como por ejemplo, decirle que no se pusiera esos horrorosos zapatos marrones con aquellas borlas deshechas—. La ropa no hace al hombre.

—Cierto. Es lo que hay debajo. —Suz jugueteó con uno de los enormes pendientes de diamantes que le había regalado su ex marido, Ryder, en los buenos tiempos—. Supongo que podría arreglármelas con un metrosexual. Con ellos todo gira en torno a acicalarse y la ropa de marca, y eso no tiene nada de malo. ¡Demonios, las pelotas depiladas hacen que mi vida sea más fácil! O más suave en cualquier caso.

Al estar mirando a Geoffrey, preguntándose por los misterios





de la atracción, o la falta de ella, entre hombres y mujeres, Tamara tardó un segundo en darse cuenta de lo que Suzanne acababa de decir.

—Pelotas dep... —Se volvió tan rápido para mirar a su amiga que estuvo a punto de derramar el Merlot en la alfombra—. ¡Suz! —¿De verdad estaba hablando de testículos en ese evento para recaudar fondos?

Pues sí. Y además continuó.

—Me parece muy bien que me lo quiten de en medio, pero una chica debería saber que su hombre puede, al menos, dejar que le crezca pelo en las pelotas. Eso es lo único que digo, Tammy. Geoffrey, con esa ropa ancha, no es para nada un metrosexual sino que más bien parece asexual por completo. Sólo consigue que se le vea falso. De modo que terminas con unos huevos peludos y sin mecha. ¿Qué sentido tiene?

Cierto. Tamara no tenía una respuesta válida para eso.

Suz no necesitaba ninguna. Estaba lanzada.

—A mí, personalmente, me gusta saber que a mi hombre se le va a formar un bulto en los pantalones si me inclino delante de él. No me imagino al viejo Geoff en esa situación.

No, Tamara tampoco. A Geoffrey no se le formaban bultos en los pantalones de manera espontánea.

—Pero no soy yo quien va a acostarse con él, de modo que si a ti te parece bien, si consigue poner en marcha tu motor, entonces perfecto.

Exacto. Todo sería perfecto si él consiguiera encender su motor. Cosa que no hacía. No conseguía siquiera girar la llave en el contacto. Sólo habían intentado tener relaciones sexuales una vez y fue poco menos que atroz. Geoffrey no se dio cuenta. Para él debió de estar bien, ya que fue el único que tuvo un orgasmo. Tamara bebió otro sorbo de vino porque de repente lo necesitaba. ¡Dios! ¿Qué estaba haciendo? ¿De verdad se sentía tan sola que estaba dispuesta a obligarse a que le gustara un hombre que le parecía un muermo?





Aparentemente sí. Habían transcurrido dos años desde que Pete, su marido, murió en un accidente en Talladega y sí, ¡qué demonios!, se sentía sola.

—Lo único que quiero es compañía, Suz. Alguien con quien ir a cenar y al cine. Con eso me vale.

—Entonces es tu colega. Un compañero.

Tamara supuso que era exactamente eso, aunque la idea era tan poco atractiva que no tuvo más remedio que preguntarse si sabía de verdad lo que quería.

Se apartó para que un empleado del catering pudiera limpiar la mesa que tenían detrás. Deberían mezclarse con la gente en vez de estar en un rincón hablando de su vida sexual o su carencia de ella. Pero Tamara se sentía francamente irritada y molesta porque empezaba a darse cuenta de que necesitaba beber vino si quería sacar fuerzas para ese fin de semana; el que se suponía que iba a ser una prueba para ver si su relación con Geoffrey podía pasar al siguiente nivel. Y aún le quedaban veinticuatro horas de estar con él. Al menos al día siguiente los padres de Pete traerían a los niños al circuito a ver la carrera, y ellos la distraerían de las disertaciones de Geoffrey sobre el efecto negativo del patrocinio de las grandes empresas en los deportes profesionales. Sin embargo, eso sería mañana; esta noche no se podía negar que temía volver con él a la habitación.

Si pensar en pasar una noche en un hotel con un hombre y sin niños de por medio le daba ganas de dar media vuelta y huir, es que había llegado el momento de sacar la bandera de precaución.

También pensó que, si necesitaba a sus hijos como escudo entre ella y su novio para aguantar una carrera de cuatro horas, tenía un gran problema. Aquello no tenía sentido. Geoff era un tipo agradable y le gustaba de verdad como persona. Era firme, comprensivo y seguro. Exactamente lo que quería esta vez en una relación. Él siempre había sido amable y cariñoso con ella, ¿y era así cómo reaccionaba? ¿Temblando sólo de pensar en meterse desnuda en la cama con él?





Necesitaba que le dieran un buen golpe en la cabeza.

O quizá sólo necesitara más vino.

Había estado fingiendo que había química entre ellos cuando la verdad era que eso era algo que no se podía forzar. Ya que luchaba por dominar todos los aspectos de su vida, había supuesto que esto funcionaría igual. Por desgracia su libido no atendía a razones y se negaba a ponerse en marcha.

—«Colega» es la palabra más tonta que he oído en mi vida —dijo Tamara, girándose y cambiando su copa vacía por una llena, sin sentirse culpable por ello. Empezaba a estar un poco desesperada.

—Esa le sienta bien: tonto.

—No te cortes. Dime sinceramente lo que opinas de él.

—¿No bastaba con que ella supiera que Geoff era básicamente un friki? ¿Tenía que decírselo también Suzanne?

Suzanne hizo una mueca de arrepentimiento al oír eso. Su amiga, la única que se había quedado en el hospital con ella y le había sostenido la mano cuando los médicos le dijeron que Pete estaba muerto, le oprimió ahora la mano.

—Lo siento, cariño; he sido muy grosera, ¿verdad? Lo único que deseo es que seas feliz, y la verdad es que no lo pareces. Geoff no es tu tipo para nada. Eres mujer de piloto, Tammy.

Tamara sintió una opresión en el pecho.

—Lo era. Era la esposa de un piloto. Dije que no volvería a pasar por eso nunca más, y lo sabes, Suz. Prefiero morir de aburrimiento a volver a vivir con ese miedo. No quiero que las carreras vuelvan a consumir cada minuto de mi vida. —Le había encantado ese deporte y seguía gustándole, pero lo que necesitaba ahora era un hombre con un trabajo aburrido, que viniera a casa para cenar y que los fines de semana se dedicara a cortar el césped en vez de a dar vueltas a un circuito a trescientos kilómetros por hora, tentando al destino. Lo pensaba en serio.

Suzanne volvió a apretarle la mano y luego la soltó.

—Lo entiendo, pero tiene que haber un término medio, ca-





riño. Porque a menos que ese hombre de ahí esconda un pene del tamaño de una anaconda en sus pantalones color mierda, eres demasiado joven, guapa, exitosa y divertida como para conformarte con algo así.

Aquello hizo sonreír a Tamara, aunque no estaba segura de seguir mereciendo la etiqueta de divertida. A decir verdad, últimamente era tan animada como Geoffrey, debido, en parte, a las exigencias de criar a sus hijos sola y en parte a una decisión propia. Aspiraba a una vida sin sobresaltos y Geoffrey encajaba perfectamente en aquel esquema.

¿Entonces por qué no acababa de gustarle?

Porque tal vez, en algún lugar de su interior, seguía sintiendo que necesitaba la velocidad. La excitación. La emoción de las carreras. Lo cual era absurdo, teniendo en cuenta que era una viuda de treinta y dos años con dos hijos y una profesión. No había sitio en su vida para locuras cuando ella lo era todo para sus hijos, su único progenitor, su seguridad. Sin embargo, quizá hubiera lugar para un poco de diversión sin complicaciones. Quizá hubiera ido demasiado lejos en dirección contraria y necesitara soltarse.

—Gracias, Suz. Sabes que te quiero.

—Y yo también. —Suzanne la miró enarcando una ceja—. ¿Hay una anaconda ahí debajo? —preguntó, como si de pronto se le hubiera ocurrido que a lo mejor estaba completamente equivocada.

Tamara hubiera deseado tener esa suerte.

—No, te aseguro que no la hay. Ni siquiera una serpiente de jardín.

—¡Mierda! Lo siento.

—Yo también.

Se hizo un silencio que Tamara achacó a que ambas estaban intentando no imaginarse a Geoffrey desnudo, y luego Suzanne se alisó con las manos el vestido rojo que llevaba y se echó el pelo hacia atrás.





—Hazme sólo un favor: piensa lo que quieres realmente. No te conformes con menos, ¿vale, cariño?

Tamara quiso hacer oídos sordos a lo que le decía Suzanne, pero sabía que su amiga estaba preocupada; y, la verdad, ella también. Obligarse a salir con un hombre que no le atraía nada y, a consecuencia de ello, verse trasegando vino para combatir un ataque de pánico, no era precisamente un cambio positivo.

Suz tenía razón, debía haber algo entre la chica mortalmente aburrida y la salvaje.

—Gracias, cielo. Tengo que pensar en varias cosas. —Por ejemplo en cómo romper con Geoffrey antes de que éste se lo imaginara a lo largo de la noche.

—Buena chica. Ahora tengo que ir a la emisora para conservar mi sitio como miembro de la junta. ¿Estás bien?

—Sí. Vete. Conozco a la mitad de los que están aquí. —Había llegado la hora de mezclarse con la gente. De seguir adelante.

Suzanne había puesto voz a todas las preocupaciones de Tamara, y ahora ésta sabía lo que debía hacer. Tenía que dejar de quedarse en un rincón compadeciéndose de sí misma y admitir que ese fin de semana había sido un error suyo y ahora tenía que arreglarlo. Era ella quien había invitado a Geoffrey y, si de verdad no le gustaba más que como amigo y compañero de trabajo, su obligación era cortar cuando llegaran a casa. Prefería estar sola que ser desgraciada y él se merecía a alguien que lo apreciara como era. Por otro lado, no había ninguna posibilidad de que pudiera mantener relaciones sexuales con él esa noche, y menos teniendo en cuenta que, sólo de pensarlo, su cuerpo parecía haberse lanzado a una larga travesía a nado por el Ártico.

No era justo engañar a Geoffrey, como tampoco lo era que ella tuviera que fingir un orgasmo. Otra vez.

A lo mejor podía decir que le dolía la cabeza o que los camarones le habían sentado mal, y evitar así el asunto del sexo. Claro que también podía romper con él sin más, pero le parecía una verdadera faena hacerle algo así en mitad del fin de semana. Lo





mejor sería esperar a que estuvieran en casa, pero entonces se vería obligada a evitar cualquier plan amoroso que tuviera para la noche. Se había metido en un buen lío.

Tamara echó un vistazo alrededor de la habitación, evitando deliberadamente mirar hacia el lugar donde estaba Geoffrey. Era un evento bien organizado, con aperitivos deliciosos y un buen cuarteto de cuerda que tocaba suavemente al fondo de la sala. Si no estuviera escondiéndose de su cita, probablemente estaría disfrutando. Decidida a dejar de mantenerse al margen y a sacar el mayor partido al desastroso fin de semana que había creado, Tamara se giró resueltamente para seguir a Suzanne entre la muchedumbre.

Y chocó contra alguien. Saltó hacia atrás, pero era demasiado tarde. Su vino se derramó encima del tipo contra el que se había estampado.

—¡Ay, Dios mío! Lo siento mucho.

Tamara se estremeció al ver la extensión del daño. El vino tinto había teñido de rojo la camisa gris claro, desde el cuello a la cintura. No se trataba de unas simples gotitas, sino de toda la copa, y estaba por todas partes.

Levantó la vista y enseguida notó que le ardían las mejillas. Primero porque no había visto a ese hombre en su vida y por lo tanto no podía bromear como habría hecho de tratarse de un antiguo conocido. Y segundo porque era condenadamente guapo, con un pelo color caramelo que le caía un poco sobre la frente, unos anchos hombros que estaban pidiendo que los apretara para probar su firmeza, y unos profundos e irresistibles ojos negros, muy abiertos por la sorpresa del impacto.

—No pasa nada —dijo él con acento sureño.

Bueno, eso era una mentira como una casa, porque parecía que alguien le hubiera disparado en el pecho y se estuviera desangrando, pero Tamara agradeció su intento por hacer que se sintiera mejor.

—De verdad que lo siento. Te he estropeado completamente





la camisa. Te compraré otra, pagaré la tintorería, lo que sea —balbuceó, frotando la mancha con la servilleta que llevaba en la mano. Lo cual fue un tremendo error, porque debajo de aquella camisa manchada de vino había un pecho sólido como una roca y Tamara fue repentinamente consciente de ello. Dejó quieta la mano sobre su torso y notó que el rubor se intensificaba.

Genial, ahora estaba manoseando al pobre hombre. Tamara dejó caer la mano y torció el gesto.

—No hace falta, en serio —dijo él—. La verdad es que me has hecho un favor. —Señaló la habitación con la cabeza—. Es la excusa perfecta para largarme pronto de aquí, porque sólo conozco a cuatro personas y están hartas de que las siga a todas partes. —Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa—. Si se me hubiera ocurrido me hubiera tirado el vino encima yo mismo hace una hora. Claro que para eso tendría que beber vino. —Alzó su botella de *Budweiser* y se encogió de hombros—. Me va tan poco el vino como las corbatas.

Tamara se relajó un poco. Él ya estaba llevándose la mano al cuello para aflojar la corbata, y la verdad es que daba la impresión de que estaría más a gusto en un garaje que en una fiesta corporativa. Quizá no le hubiera estropeado la noche, porque el tipo seguía mirando hacia atrás como si la sala entera fuera a perseguirlo, y estaba claro que se había ido acercando poco a poco a la puerta. Le devolvió la sonrisa y se sorprendió a sí misma al apartarse el pelo del hombro en un gesto de coquetería que ni siquiera recordaba cuando fue la última vez que había hecho.

—¿Me estás diciendo que no te diviertes charlando con desconocidos y comiendo aperitivos del tamaño de tu uña, que incluso después de haber comido tres sigues sin saber de qué son? —Sin duda le entendía. Había pasado varios años sin asistir a ese tipo de eventos y no los había echado de menos en lo más mínimo.

Él acabó de quitarse la corbata de un tirón y se la metió en el bolsillo con expresión de alivio por verse libre de ella.





—Exactamente. De modo que te estoy enormemente agradecido... ¿Cómo te llamas?

—Tamara —respondió ella, sorprendida al notar que su voz parecía un poco jadeante.

¡Dios! ¿Estaba ligando? Él era demasiado joven para ella. Lo más probable es que fuera un miembro del equipo de taller. Además, técnicamente ella todavía estaba con Geoffrey, pero ligaba con este hombre porque la ponía. Lisa y llanamente. Aquella química que se mostraba tan elusiva con Geoffrey, había aparecido con ese tío en el preciso instante en que sus ojos se posaron en él. Además, no había nada de malo en coquetear un poco, ¿verdad?

—Tamara... Un nombre muy bonito. —Se inclinó un poco más hacia ella y la recorrió con aquellos profundos ojos negros—. Perfecto para una mujer hermosa.

Oh, oh. Él también lo sentía. Tamara tragó saliva.

—Gracias. ¿Y tú eres...?

—Elec.

¡Joder! Hasta su nombre era sexy. Luchó contra el impulso de volver a ponerle la mano en el pecho.

—Bueno, es un placer conocerte, a pesar de las circunstancias, Elec. De verdad que lo siento. Debería haber prestado más atención.

—No ha pasado nada. Además, tener la oportunidad de conocerte bien vale una camisa mojada. Ha sido un placer.

Estaba hablando la buena educación sureña. Nada más. Él intentaba que no se sintiera incómoda, pero Tamara notaba calor en lugares que antes estaban dormidos, y estaba totalmente segura de que no tenía nada que ver con la cantidad, ligeramente excesiva, de vino que se había metido en el cuerpo. No estaba borracha, y la forma en que él la miraba no eran imaginaciones suyas. Los buenos modales no exigían que clavara la vista en ella como si la estuviera viendo desnuda, y tampoco se estaba imaginando el modo en que los ojos de él seguían bajando hasta su





boca para luego volver a subir. Elec se sentía tan atraído como ella, y era una sensación desconcertante. Tamara no tenía ni idea de cómo actuar, ya que se había casado con Pete a los veintiún años, después de un noviazgo de dos, y hacía muy poco que se había atrevido a quedar con alguien, escogiendo para ello a Geoffrey, de quien dudaba que hubiera sido una buena elección.

Esta fascinación, este interés por parte de ambos, esa especie de anticipación que pendía en el aire entre ellos, era algo en lo que no tenía ninguna experiencia. Le miró muy nerviosa durante un largo e interminable momento y luego dijo:

—Sí, tú también. —Respuesta que no tenía sentido y que la avergonzó y confundió todavía más.

Como si de repente hubiera regresado la tímida adolescente de dieciséis años que había sido, le dirigió una sonrisa rápida, se dio media vuelta e intentó alejarse de él andando en vez de corriendo, con el corazón a cien y las manos sudorosas.

—¿Qué coño ha sido eso? —masculló para sí, muy indignada.

«Eso» era su libido volviendo a la vida sin previo aviso por el primer tío bueno que la había mirado.

De repente supo que no podía seguir posponiendo el encuentro con Geoffrey. Teniendo en cuenta que habían bastado dos minutos al lado de Elec, un hombre al que no conocía de nada, para que se le descontrolaran las hormonas más que en un mes entero con Geoffrey, incluyendo las ocasiones en las que éste había llevado a cabo todas las etapas del sexo *à la oral*, Tamara no podía esperar hasta el día siguiente para romper con él.

Geoffrey había sido un error colosal y tenía que ponerle remedio ya. Y luego agenciarse su propia habitación en el hotel para poder quedarse tumbada mirando el techo e imaginando lo que sería tener a Elec encima, desnudo, paseando los ojos por su cuerpo, acariciándola con sus dedos...

¡Dios! Tamara se abanicó con la mano. ¿Qué demonios estaba haciendo?

¡Ah, sí! Buscar a Geoffrey.





Tamara esperó a que Geoffrey respondiera algo a lo que ella acababa de decirle, cuidando mucho las palabras, explicándole que después de todo todavía no estaba preparada, que le respetaba como amigo y que sentía haber cometido un error al apresurar su relación. A ella le parecía que sonaba bien. Creíble. Era la verdad, aunque no toda.

Pero Geoffrey la miraba como si acabara de decirle algo en otro idioma, y ella le devolvió la mirada, deseando tener a mano unas pinzas para quitarle aquellos pelos grises que salpicaban sus cejas aquí y allá. Uno, dos, tres, cuatro... Tamara perdió la cuenta y volvió a empezar. ¡Mierda! Eran muchos los pelos que había que arrancar.

—Es por el dinero, ¿verdad? —preguntó él—. Debería habérmelo esperado, pero te confieso que aún así me siento decepcionado.

—¿Qué? —Ella apartó la vista de sus cejas y le miró a los ojos, sin saber de qué estaba hablando.

—Sé que no puedo mantenerte con el ritmo de vida al que estás acostumbrada.

¿Le estaba tomando el pelo? Le importaba un comino su dinero. Poseía sus propios ingresos, tenía la herencia de Pete y seguía viviendo con modestia porque para ella las marcas y el lujo no eran importantes. Nunca lo habían sido. Su bolso costaba quince dólares en Target. ¿Cuándo le había dado a entender que tenía gustos caros?

—Esto no tiene nada que ver con el dinero, Geoffrey. Lo que pasa es que no creo que nos llevemos bien más que como amigos. Me gustas como persona, pero no creo que podamos ser más que eso.

—Has venido aquí esta noche y has recordado lo mucho que echas de menos todo esto: el champán, las fiestas, el circuito y el dinero, ¿no es así?





Mm... No. De lo que se había dado cuenta en el transcurso de la noche era de que no sentía la menor atracción sexual por Geoffrey. Y en ese momento dudaba incluso de que le cayera bien y punto, teniendo en cuenta que él parecía pensar que ella era una cazafortunas de altos vuelos.

—No. Me he dado cuenta de que nuestra relación no va a funcionar —respondió con firmeza, desaparecido ya el sentimiento de culpa por estar manteniendo esa conversación con él junto al guardarropa vacío del cóctel. Estaba siendo estúpido a propósito.

—Yo también lo creo —dijo él con desprecio—. No eres la persona que pensaba que eras. Me parece que va a ser mejor que esta noche duermas en otra parte.

Por supuesto que se iba a ir a otra habitación del hotel, gilipollas presuntuoso.

—Si eso es lo que quieres...

—A menos que quieras que pasemos una última noche juntos —añadió él, con expresión repentinamente esperanzada.

Tamara notó que se le abría la boca de asombro. Tenía que estar de coña. ¿Pensaba que ella era una trepa codiciosa, pero estaba dispuesto a dejarlo pasar por un polvete?

¡Como si, aun dejando pasar el insulto, eso pudiera ser algo ni remotamente tentador para ella! Pensando que en la habitación de Geoffrey sólo se había dejado un neceser con artículos de aseo y un par de vaqueros y una camiseta de algodón para ponerse durante la carrera, enderezó los hombros y le fulminó con la mirada. Bien podía sacrificar sus productos de limpieza facial y una camiseta con tal de terminar con él cuanto antes.

—Preferiría pasar la noche sola en mi propia habitación —dijo—. Al menos así tendré la oportunidad de tener un orgasmo. Nos vemos en la próxima reunión del departamento, Geoffrey. —Dio media vuelta y se largó sin escuchar su balbuceante respuesta.

Iría a buscar a Suzanne y le pediría que la llevara a casa, ya





que el trayecto de cuarenta y cinco minutos desde allí hasta Charlotte lo había hecho en el coche de Geoffrey. O tal vez alquilara una habitación en el hotel donde se celebraba el cóctel para, desde ahí, ir al día siguiente al circuito, que parecía ser la solución más fácil. No estaba en condiciones de conducir por culpa del vino, aunque también podía coger un taxi que la llevara a su casa, por caro que fuera.

Tamara se paró en seco. ¿Dónde demonios estaba su bolso? Juraría que no se había separado de él en toda la noche, pero ahora no tenía ni idea de dónde lo había metido y empezaba a pensar que no debería haber bebido tanto. No tener dinero ni tarjetas de crédito podía ser un verdadero problema.

—¿Estás bien, Tammy?

Se dio la vuelta y vio que Ryder Jefferson, ex marido de Suzanne y uno de los mejores amigos de Pete, estaba a su lado, atractivo y rebosante de testosterona. Tamara comprendió los problemas que tenía Suzanne después de pasar casi una década con un hombre tan viril como Ryder.

—Hola, Ryder. Acabo de romper con ese idiota que he traído y ahora no tengo dónde dormir, y no consigo encontrar mi bolso.

Demasiado irritada todavía para seguir preocupada por eso, echó un vistazo alrededor buscando el bolso. Era de un color rosa intenso que contrastaba con su vestido negro y le daba un aspecto más veraniego, ya que estaban en mayo. No podía ser muy difícil encontrar un bolso rosa, ¿verdad?

—Lo siento —dijo Ryder con una sonrisa—. Bueno, no siento que te hayas librado del profesor. Es un muermo y no sabe nada sobre carreras o cualquier otro deporte. Cuando sacó a relucir su colección de dedales antiguos estuve a punto de pedirle que entregara su tarjeta identificativa, pero no lo hice por respeto hacia ti.

Una punzada de vergüenza enrojeció todavía más las mejillas de Tamara. Seguro que a estas alturas debía de parecer que tenía





fiebre, y su único deseo era salir corriendo de allí. Ya estaba confirmado: el día se le había fastidiado por completo.

—Te lo agradezco, pero por mí puedes decirle lo que te dé la gana, porque él me ha llamado cazafortunas.

Ryder levantó una ceja.

—¿Tú? ¡Menuda estupidez! Tú puedes exprimir una moneda de diez centavos como nadie.

—Da igual, tengo que encontrar mi bolso para poder coger una habitación en el hotel.

—No hace falta. Quédate en mi caravana, en la pista. —Le guiñó un ojo—. Esta noche no voy a necesitarla. Tengo plan en mi apartamento.

—¿Con quién? —Tamara alzó la mano nada más preguntar, porque en realidad no quería oír la respuesta—. No, no importa. No deseo saberlo, porque si lo sé tendré que decírselo a Suzanne y no quiero.

Él frunció el ceño.

—¿Y por qué iba a importarle a Suzanne? Se divorció de mí, ¿recuerdas? Dudo mucho que ella vaya a dormir sola esta noche.

Tamara no pensaba seguir por ahí, porque sabía que Suzanne no se acostaba con nadie, pero, ¿quién sabe? Puede que Suz quisiera que su ex pensara que tenía una ristra de hombres bien dotados en su cama. Era mejor cerrar la boca y mantenerse al margen.

—¿De verdad no te importa si me quedo allí? No quiero dar pie a rumores.

—¿Cómo va a haberlos si no estoy yo? Venga, vamos a buscar tu bolso y a pedirte un taxi.

Tamara se mordió el labio y siguió a Ryder. No se veían señales del bolso por ninguna parte, hasta el punto de que empezó a dudar de que lo hubiera traído. Había estado tan estresada toda la noche que ya no tenía tan claro si lo tenía al llegar. Después de diez minutos buscando, empezó a entrarle el pánico, pero Ryder la cogió del brazo y la sacó de allí.





—Tammy, relájate. No es para tanto. Avisaré al hotel de que ha desaparecido y, si mañana sigue sin aparecer, puedes cancelar todas tus tarjetas. —Mientras hablaba la iba conduciendo directamente a la salida—. Lo que creo que debes hacer ahora es ir a mi caravana y dormir. Has tenido una noche muy larga y romper con alguien nunca es cosa fácil.

Sintiéndose como esos niños a quienes sus madres arrastran por el centro comercial, y compadeciéndose de ellos, Tamara empezó a preguntarse si no estaría haciendo que Ryder llegara tarde a su cita de esa noche, dado que parecía tener muchas ganas de deshacerse de ella.

—Sin el bolso no voy a poder pagar el taxi —dijo, mientras él la empujaba hacia la calle.

Él se sacó tres billetes de veinte dólares del bolsillo y se los entregó antes de salir a la entrada circular del hotel. Ella ni siquiera tuvo ocasión de decirle que era más dinero del que necesitaba cuando él señaló:

—¡Anda, mira, ahí hay un amigo mío! Seguro que está a punto de volver al complejo. Podrías ir con él y así sabré que llegas bien.

Tamara sólo vio un par de piernas que desaparecían en el interior de un taxi situado a su derecha y dudó. Genial. No había nada como caer por sorpresa sobre un pobre tío confiado que con toda probabilidad lo único que pretendía era irse a su casa.

—No quiero imponer mi compañía a nadie.

—¡Bah! No pasa nada. Hace mucho que nos conocemos y esta temporada se ha unido a mi equipo. —Ryder la cogió de la mano y la llevó hasta el taxi. Se asomó dentro, estuvo hablando un minuto y luego la miró y sonrió—. Arreglado. Elec te llevará.

¡Oh, no! No acababa de decir...

—¿Elec? —barbotó Tamara, retrocediendo un paso y tropezando casi con el bordillo. Era imposible que hubiera dos Elec en la fiesta, lo que significaba que...

Elec, tan macizo como ella recordaba, salió del taxi.





—Entra, Tamara. Me aseguraré de que llegues a salvo.

Eso mismo le dijo la araña a la mosca.

Aun así se sentó a su lado, viendo cómo la miraba, porque no le quedaba más remedio y porque, para ser sincera, deseaba hacerlo. No eran ni la Tamara profesora de sociología ni la Tamara madre quienes sentían una ligera excitación ante la idea de estar en el asiento de atrás con Elec, notando el roce de su pierna contra la suya y esos ojos marrones oscuros clavados en ella, sino la Tamara mujer.

Después de todo, no había nada de malo en ligar un poco, y a ella, desde luego, le vendría muy bien.

—Gracias —le dijo con voz un poco jadeante mientras se instalaba a su lado en el asiento de vinilo y se colocaba el vestido para que no se le subiera—. Te lo agradezco.

Él le dirigió una sonrisa, no una mueca ni un gesto de suficiencia, sino una sonrisa de verdad.

—Esto es lo mejor que me ha pasado en todo el día —dijo con su acento lento y sensual.

Tamara supo de repente que no había nada de inofensivo en ese coqueteo.

Se había metido de lleno en un buen problema; y la verdad era que le gustaba.

